

AP60  
.AH  
1902



Quadro de ROMÁN RIBERA.

Salón Robira (Fernando VII, 59).



## BELLAS ARTES

Si es difícil en cualquier estado del arte mantenerse constantemente a una misma altura; si en muchos casos constituye un triunfo el coexistir con obras sucesivas la reputación adquirida, mucho más admirable es excederse á sí propio, cuando los méritos alcanzados son tales y tantos que parezcan tocar el límite de lo que el artista puede dar de sí.

Los más célebres ingenios han estado sujetos á períodos, si no de decadencia, de estancamiento, como si una crisis de cansancio paralizara su inspiración y su mano; períodos en que las obras conservan todo el valor técnico de sus autores, pero que carecen en parte del soplo genial que las hace superiores al justo medio.

Esas épocas son como el invierno de la inteligencia; la naturaleza no muere, se duerme; pero es para despertar con mayor ímpetu al aparecer la nueva primavera. Es verdad que han ido brotando flores, pero escasas y sin perfume. No permitía más la labor de reconstitución de las fuerzas adormecidas.

Tal ha acontecido con Román Ribera. Después de un largo período de producción, estimable por ser suya, digna de su talento en punto á cualidades de ejecución, se nos revela con nueva impetuosidad en sus últimas obras, que, expuestas en el *Salón Robira* y en el *Salón París*, suscitaron un coro de universales alabanzas.

Nunca el buen gusto de Ribera se manifestó con mayor intención que en el cuadro que tenemos la fortuna de copiar en la primera página; nunca más espontánea composición ha sido sorprendida por el artista; ni nunca el pintor supo hallar mayores finezas de color. Ribera ha hecho más que excederse á sí propio, se ha rejuvenecido, se ha *entusiasmado*, poniendo al servicio de este reverdecimiento de sus facultades artísticas, su sobria técnica de maestro provecito.

No sin íntima satisfacción, pues, hemos colocado este cuadro á la cabecera de este número, que contiene otras joyas de la moderna pintura española.

El talento de Arcadio Más y Fontdevila se revela en la graciosa marina *Después de la pesca*, bella de líneas, justa de color y fácil de mecanismo.

Al aragonés Marcelino de Unceta, debemos el simpático cuadro *En el parador*, donde se revela el indisputable dominio que tiene en la pintura de caballos. Artista esclavo de la verdad, halla en ella, en su

exacta aplicación, recursos sobrados para enriquecer sus obras, sin recurrir á los más artificiosos de la fantasía. En sus diminutos cuadros hay tanta franqueza de pincelada, tanta severidad de color, que parecen reducciones de obras de gran tamaño. En la pintura de asuntos militares, no tiene rival.

También Baldomero Galofre tiene personalidad perfectamente delineada. Al opuesto de los anteriores, su temperamento es arrebatado, impetuoso, poético en alto grado y, sobre todo, es un verdadero mago del pincel, con el que supera las mayores dificultades de ejecución, sin esfuerzo, como un Crespo del color. Sus *Alrededores de Pompeya* son más que una copia del natural, son un alarde de elegante facilidad, vedado á ningún otro artista.

Gaspar Camps terminó la admirable serie de sus *Meses*, pero pronto su fértil imaginación ha hallado nuevo incentivo en que emplearse, para demostrar su inagotable vena decorativa, solicitada ya en la capital de Francia.

En este número da comienzo á la ilustración del poema *Amor* de Salvador Carrera, cada uno de cuyos cantos adornará con artística orla alegórica. Los dibujos iluminados de Camps, no son un compuesto de elementos tomados al acaso; todos, por el contrario, tienen valor propio, adrede seleccionado, y así unidos como separados tienden á especificar la alegoría, al modo que la música comenta el valor de las palabras. De aquí su encantadora vaguedad, á pesar de valerse de medios gráficos, á la que no contribuye poco la mezcla de los elementos ornamentales con los propiamente naturales.

Hónrase además este número con un hermoso *Estudio* del más visible representante de la joven escuela española, el valenciano Joaquín Sorolla. Es un simple apunte para un cuadro, sin más objeto que el de coordinar valores, con visible propósito de sacrificar el mecanismo en beneficio de la sinceridad. Y sin embargo, ¡cuánta gracia en tanta sencillez! ¡cuánta valentía en la sobria pincelada! ¡cuánta fuerza luminosa! ¡cuánta verdad en los reportes!

A nuestro colaborador artístico, Enrique Esteban, ha tocado cerrar esta brillante exposición, ilustrando un artículo de don José Echegaray. El dibujo es bueno, y no es floja la fortuna de andar en tan honrosa compañía.

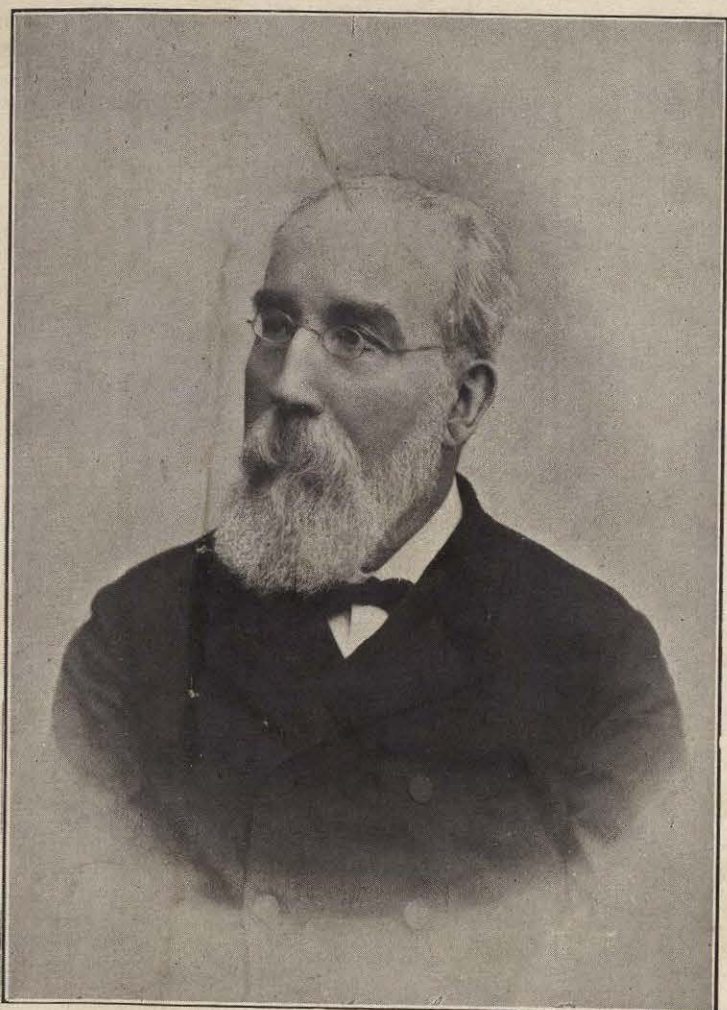
FRANCISCO CASANOVAS

## † FRANCISCO PI Y MARGALL

Cuando tuvimos el gusto de verle entre nosotros, en los Juegos Florales del presente año, comprendimos ya, con la pena consiguiente, que aquella naturaleza robusta, combatida por incansables estudios, por el penoso trabajo del bufete y, sobre todo, por las agitaciones de la política activa, no tardaría en rendirse y pagar el común tributo á la madre tierra que visiblemente iba atrayéndola.

Nuestros temores se realizaron bien pronto, y de aquel grande hombre que, con justicia y por sus solos méritos, desde su cuna humilde llegó al primer puesto de la Nación, nada queda, como no sea sus obras, reveladoras de un talento excepcional, y el recuerdo de su honradez superior á toda ponderación.

El ALBUM SALÓN que no ostenta otros principios que el de complacer al público, sin distinción de matices, se honra contándole entre sus colaboradores más valiosos, y llora su



PI Y MARGALL EN 1873

pérdida, como la lloran todos los amantes de las glorias patrias; testimoniando su sentimiento en estas breves líneas que á su memoria consagra, y publicando á continuación el artículo que pocas semanas antes de su fallecimiento le había remitido con destino á este número extraordinario de primero de año.

Léanlo nuestros favorecedores con la detención que merece, fijense en las sabias enseñanzas que contiene, comparen el texto con el autor, y acaso deducirán, como nosotros, que el venerable anciano, á quien el Señor haya concedido la palma de los justos, adivinando su próximo fin, quiso dejar bosquejado, en el referido artículo, el ideal del hombre sabio, probo, humanitario, casi perfecto, tal como él lo soñaba y sentía... tal como él era en realidad; aunque, probablemente, su excesiva modestia no se lo permitía ver.

\*\*\*

## UN HOMBRE SINGULAR

PROCEDÍA del Norte de Europa. Era alto, fornido, rubicundo, de ojos claros y serenos, de corazón ardiente. He aquí en qué consistía su singularidad.

Quería á sus semejantes. Se sacrificaba por sus amigos y socorría á los menesterosos hasta donde se le permitía su fortuna, ni grande ni escasa. Vestía sin lujo; era sobrio, tan estrecho para sí como para los demás generoso.

Tenía de nuestra humanidad un alto concepto. Aborreía todo lo que la rebajaba. Encendíase en ira al ver maniatado un hombre, siquiera fuese el más vil de los criminales. Tronaba contra el régimen de nuestras cárceles y presidios: decía que por la educación y el amor y no por el menosprecio ni el castigo debía buscarse la regeneración de las almas.

Odiaba la milicia y la guerra. No podía ver extendida la espada ni aún sobre los pueblos salvajes. Con relaciones de amistad y de comercio quería que se los ganara. No veía nunca un ejército ni un batallón que no dijese: «imposible parece que á servidumbre tal se haya reducido á nuestra pobre especie: en máquina de matar se la ha convertido». A veces cuando se le hablaba de guerra, tapábase los oídos como el Quetzalcoatl de Méjico.

Amaba asimismo á los animales. Pretendía que no podíamos matar sino los dañinos. De algunos de los demás se enfurecía al oír que se los hacía más sabrosos echándolos vivos en la sartén ó en agua hirviendo. No podía consentir que se apalease á caballería alguna que hubiese resbalado ó caído bajo el peso de su carga. Increpaba rudamente al conductor y le ayudaba con todas sus fuerzas á levantarla. Aún para las aves del cielo tenía sus cuidados. En las grandes nevadas solía echar trigo en la nieve de sus balcones ó de su azotea. Poco menos que arca de Noé era su parque.

Aún á la vegetación extendía nuestro hombre su cariño. De bárbaro tildaba al que golpeaba los árboles, ó les desgajase violentamente las ramas, ó les apedrease para despojarlos de los ya sazonados frutos. Un olmo tenía, que en menos de veinte años se había hecho por lo grueso, lo alto y lo frondoso el gigante de la floresta. Lo amaba como si fuera su hijo. Teníalo cercado para que nadie lo tocara, y en verano comía y cenaba cercano al tronco, sobre su cabeza las ramas. En su jardín á nadie permitía que arrancase la flor más humilde.

Lo raro era que se condolía de todos los seres sin reposo. Veía ríos y les decía: «¿Qué fuerza os empuja para que corráis noche y día? Sin descanso vais desde la fuente en que nacisteis al mar que es vuestro sepulcro. No os detienen los lagos ni los despeñaderos. Os aprisiona el frío en la costra de hielo formada en vuestras profundidades. ¿Por qué no habéis de descansar de noche como los mortales? Ni en el mar halláis reposo, que el mar sin tregua se mueve ya blanda, ya tempestuosamente.»

A veces alzaba los ojos al cielo y exclamaba: «También vosotras, estrellas errantes, andáis sin cesar recorriendo en torno del sol inmensas órbitas. Siglos de siglos ha que seguís vuestra ruta sin que se os permita

un instante de reposo. Un instante de reposo en vosotras sería el desquiciamiento del mundo. Otras estrellas hay y otros sistemas planetarios: en todos el movimiento es incesante. Muévense aún los astros que suponemos fijos. ¿Será el movimiento la vida y la ley del universo? La tierra que habitamos está en perenne movimiento: anda en torno del sol y gira sobre su eje.»

«Descansan, añadía, sólo los seres vivos. Acabarían muy pronto si hubieran de moverse sin reposo como las aguas y los astros. Necesitan suspender con frecuencia sus trabajos y gozar todos los días de un sueño que les repare las fuerzas, les alivie los males que sufren y les deje olvidar por unas horas sus penas y sus dolores.»

Por ahí entraba en las cuestiones sociales. Era gran partidario de la jornada de ocho horas, y maldecía al Estado porque no la establecía en todos sus servicios y la hacía condición de sus contratos de obras. «El descanso, decía, es reproductivo: no trabaja el hombre extenuado por la fatiga como el que despierta de un sueño. Además de horas para dormir y mantenernos, necesitamos horas para ilustrarnos y dar expansión á los sentimientos. La diferencia de educación y de cultura no es lo que menos separa á los hombres.»

Sobre este punto llevaba tan lejos las cosas que no gustaba de esculturas que representasen un trabajo sin término. Un día vió en casa de uno de sus amigos un reloj bellísimo. Una gallarda mujer de bronce llevaba la esfera en el pecho y sostenía en alto el péndulo que casi tocaba en la tierra. «¿Qué te parece la estatua?» le preguntó el amigo; y él contestó secamente: «Bella, magnífica, de imponderable gusto artístico; pero no la tendría yo en mi casa.» «¿Por qué?» le replicó el amigo. «Porque, repuso, sería para mí un tormento ver siempre á esa encantadora egipcia en actitud tan fatigosa.»

No gustaba tampoco de las estatuas erigidas á los grandes hombres.

Al pie de la de Colón me dijo un día: «Sufríó en vida ese audaz descubridor de América todas las inclemencias del cielo. Le han condenado ahora á sufrir desde lo alto de ese monumento los abrasadores rayos del sol en verano y las nieves y las escarchas del invierno; le han condenado á recibir sobre su cabeza la luz de los relámpagos y oír el ronco son del pavoroso trueno. Nada le defiende de que baje un día un rayo y le despegue de su pedestal de gloria.»

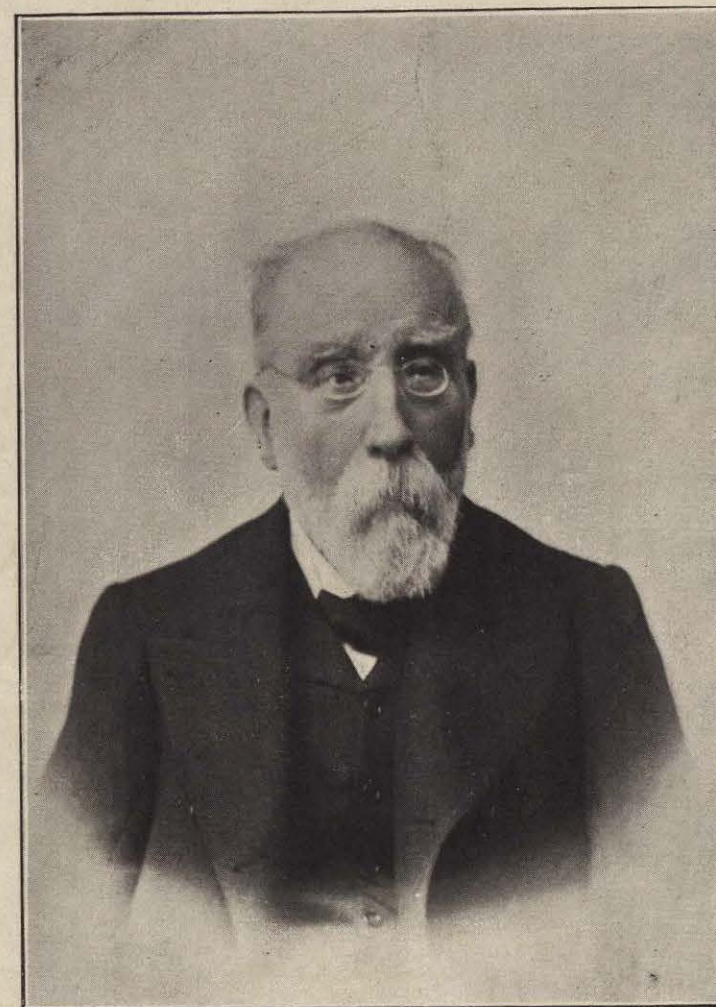
Sostenía que las estatuas y los bustos de los grandes hombres debían estar en uno como panteón de maravillosa arquitectura, puesto en lo alto de una colina cubierta de árboles y cruzada de arroyos. En ese panteón no quería que entraran sino las imágenes de los hombres que hubiesen prestado á la humanidad verdaderos servicios: Euclides, Arquímedes, Colón, Franklin, Stéphenon, Daguerre, Edison, no la de ningún hombre de guerra.

«¿Qué te parece, lector, ese hombre?»

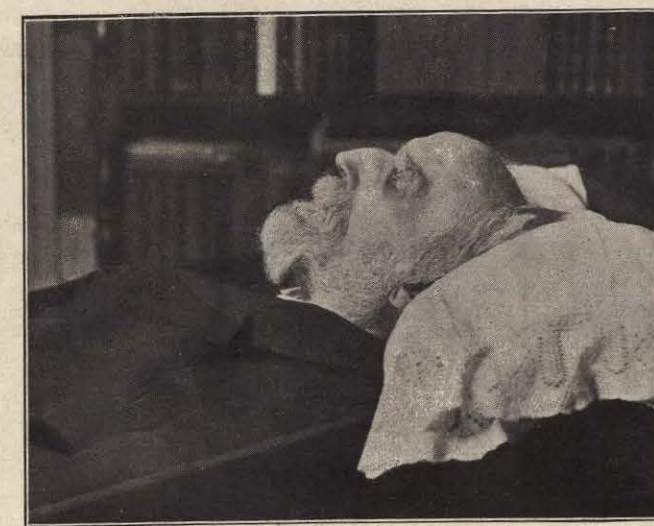
«Estaba loco ó cuerdo? Júzgale por tí mismo. No he acertado aún á descubrir el hilo que separa la razón y la locura.»

† FRANCISCO PI

Y MARGALL



PI Y MARGALL EN 1900  
Fot. de E. Capton (Barcelona).



PI Y MARGALL EN SU LECHO MORTUORIO  
Fot. de Meliavilla y Gallo (Madrid)